falló poderse levantar á la hora que había fijado. Entonces llamó á su criado, José, para que le ayudara, y le ofreció la gratificación de una corona cada vez que consiguiera levantarlo antes de las seis. Al principio se negaba Buffón á levantarse cuando era llamado, alegando que estaba indispuesto, ó aparentaba enojo por que se le molestaba, y después que por fin se levantaba el conde, hallaba José que no había ganado sino reproches por haber dejado que su patrón quedara en cama contra sus órdenes expresas. Finalmente, se resolvió el camarero á ganar su corona; y una vez y otra obligó á que se levantara Buffón, á pesar de sus súplicas, razonamientos y amenazas de despedirle inmediatamente del servicio. Una mañana estuvo Buffón extraordinariamente obstinado, y José vió que era necesario recurrir á la medida extrema de echar una jofaina de agua fría debajo de las cobijas, cuyo efecto fué instantáneo. Por el uso constante de medios por este estilo, venció por fin sus hábitos Buffón; y tenía la costumbre de decir, que debía á José tres ó cuatro volúmenes de su *Historia Natural.*

Durante cuarenta años de su vida, trabajó Buffón todas las mañanas en su despacho desde las nueve hasta las dos, y otra vez por la tarde desde las cinco hasta las nueve. Su laboriosidad era tan continuada y tan regular, que se hizo habitual. Su biógrafo ha dicho de él: « El trabajo era en él una necesidad; sus estudios eran el encanto de su vida; y en el último término de su gloriosa carrera, decía frecuentemente que aún tenía esperanza de poderles consagrar unos pocos años más. » Era un trabajador lleno de conciencia, estudiando siempre para dar al lector sus mejores pensamientos, expresados de la mejor manera. Jamás se fatigaba por tocar y retocar sus escritos, de modo que su estilo puede llamarse perfecto. Escribió las *Époques de la Nature* por lo menos once veces antes de quedar satisfecho, á pesar de haber meditado más de cincuenta años sobre esa obra. Era un consumado hombre de negocios, ordenadísimo en todas las cosas, y tenía la costumbre de decir que el genio sin el orden perdía tres cuartas partes de su poder. Su gran éxito como escritor era principalmente el resultado de su labor llena de contracción y de una aplicación diligente. « Estando Buffón profundamente persuadido, — observó la señora Necker, — de que el genio es el resultado de una atención profunda dirigida hacia un asunto dado, dijo que había quedado completamente fatigado

cuando compuso sus primeros escritos, pero que se había obligado á volver á ellos y á repasarlos todos con sumo cuidado, aun cuando consideraba que ya los había puesto en cierto grado de perfección; y que al fin encontraba placer en vez de fatiga en esta corrección larga y elaborada. » Debe agregarse también que Buffón escribió y publicó todas sus grandes obras mientras estaba padeciendo una de las enfermedades más dolorosas á que está sujeto el cuerpo humano.

La vida litararia ofrece abundantes ejemplos de la misma facultad de perseverancia; y quizá ninguna carrera es tan instructiva, mirada desde este punto de vista, como la de sir Walter Scott. Sus admirables cualidades para el trabajo fueron ejercitadas en la oficina de un abogado, donde durante muchos años hizo una especie de faena escasamente más importante que la de un copista. Su monótona rutina diaria le hacía las noches, de que disponía por completo, tanto más gratas, consagrándolas generalmente á la lectura y al estudio. Él mismo atribuía á esta prosáica disciplina de escritorio el hábito de diligencia firme y sobria, de la que tan generalmente carecen los hombres puramente literarios. Como escribiente copista ganaba tres peniques por cada página con cierto número de palabras; y algunas veces por trabajo extraordinario, podía copiar hasta ciento veinte páginas en veinte y cuatro horas, ganando de ese modo treinta chelines; con los que solía comprar algún volumen suelto ó truncado, que de otro modo estaba fuera del alcance de sus recursos.

En su vida posterior solía Scott enorgullecerse de que era hombre de negocios y afirmó, en oposición con lo que él llamaba la jerigonza de los soneteros, que no había conexión necesaria entre el genio y una aversión ó desprecio por los deberes ordinarios de la vida. Por el contrario, era de opinión que, el acto de gastar una parte razonable de cada día en cualquier ocupación, de hecho era bueno para las mismas facultades más elevadas, á fin de cuentas. Cuando ocupó después el puesto de secretario de la corte de magistrados, en Edimburgo, hacía su trabajo literario principalmente antes de almorzar, asistiendo á la corte durante el día, donde autorizaba los documentos de los protocolos y otros escritos de varias clases. — « En todo — dice Lockhart, — forma uno de los rasgos más notables en su historia, que, durante el período más activo de su carrera literaria, ha consagrado una gran parte de sus horas, por lo menos

casi la mitad de cada año, al cumplimiento concienzudo de deberes profesionales. » Era un principio de acción que se había impuesto á sí mismo, que debía ganar su existencia con negocios, y no con la literatura. En una ocasión dijo : « Había resuelto que la literatura fuera mi bastón, pero no mi muleta, y que las ganancias de mi trabajo literario, por aportunas que fueran por otra parte, no debían hacerse necesarias para mis gastos ordinarios, si podía evitarlo. »

Su puntualidad era uno de sus hábitos más cuidadosamente cultivados; de otra manera no le hubiera sido posible realizar tan enorme cantidad de trabajo literario. Se hizo un deber contestar en el mismo día toda carta que recibiera, excepto en los casos en que se necesitaran averiguaciones ó alguna deliberación. Ninguna otra cosa hubiera podido ponerlo en estado de estar al día con el torrente de comunicaciones que se descargaban sobre él, y que á veces ponían en dura prueba su buena índole. Tenía la costumbre de levantarse á las cinco de la mañana y encender su chimenea. Se afeitaba y vestía con calma, y á las seis estaba sentado en su escritorio, con sus papeles puestos delante de sí en el mayor orden, y en torno suyo en el suelo, bien colocados todos sus libros de consulta, mientras que por lo menos uno de sus perros favoritos estaba acostado fuera de la línea de los libros, observando su mirada. De ese modo, cuando su familia se reunía para almorzar entre las nueve y las diez, había hecho lo suficiente usando de sus propias palabras : *para quebrar el pescuezo al trabajo del día.* Pero con toda su laboriosidad diligente é infatigable, y su inmenso saber, resultado de muchos años de labor paciente, siempre hablaba Scott con la mayor desconfianza de sus propias aptitudes. En una ocasión dijo : — *En todas las partes de mi carrera me he hallado siempre oprimido y embarazado por mi ignorancia.*

Así es la verdadera sabiduría y la humildad; por que cuanto más sabe un hombre realmente, tanto menos se hará una vanagloria de ello. Aquel estudiante del colegio de la Trinidad que se presentó al profesor para despedirse porque ya *había terminado su educación*, fué reprendido muy sabiamente con la contestación de su profesor : — « ¡Realmente! pues yo apenas estoy principiando la mía. » La persona superficial, que ha conseguido una tintura de muchas cosas, pero que nada sabe con perfección, puede muy bien jactarse de sus dotes; pero el sabio

confiesa humildemente que *todo lo que sabe, es que nada sabe*, ó, como Newton, que solo ha estado ocupado en recoger conchillas á orillas del mar mientras que el grande océano de la verdad está ante él completamente inexplorado.

Las vidas de los literatos de segundo orden proporcionan igualmente ejemplos notables del poder de la perseverancia. El difunto Juan Britton, autor de *Las Bellezas de Inglaterra y de Gales*, y de muchas valiosas obras arquitecturales, nació en una miserable cabaña de Kingston, en Wiltshire. Su padre había sido panadero y preparador de cebada para hacer cerveza, pero se arruinó en el negocio, y se volvió loco cuando Britton era aún muy chico. El niño recibió muy escasa educación escolar, pero en cambio muchísimo mal ejemplo, que felizmente no le corrompió. En temprana edad fué puesto á trabajar con un tío, tabernero en Clerkenwell, bajo cuyas órdenes embotelló, puso tapones, y encajonó vino durante más de seis años. Habiendo decaído en su salud, su tío le soltó á la ventura en el mundo, con sólo dos guineas en su bolsillo, fruto de sus cinco años de servicio. Durante los siete años siguientes de su vida sufrió muchas vicisitudes y penalidades. Sin embargo, en su autobiografía dice : — « En mi pobre y obscuro alojamiento, de quince peniques por semana, me entregaba al estudio, y á menudo leía en la cama durante las noches de invierno, porque no podía costearme fuego. » Yendo á pie á Bath, obtuvo allí una colocación como mozo de taberna, pero poco después le vemos otra vez de regreso en la metrópoli, casi sin un penique, sin calzado y sin camisa. Consiguió, sin embargo, una colocación como mozo de sótano en la Taberna de Londres, donde su obligación consistía en estar en el sótano desde las siete de la mañana hasta las once de la noche. Su salud se quebrantó en este encierro en la obscuridad, además de lo pesado del trabajo; y entonces se colocó con un abogado, por un sueldo de quince chelines por semana, porque había cultivado con acierto el arte de escribir durante los pocos minutos libres que podía llamar suyos. Mientras estaba en este empleo, consagró su ratos desocupados principalmente á recorrer los estantes de libros, donde leía á hurtadillas los que no podía comprar, y de ese modo adquirió cierta cantidad de conocimientos. En seguida pasó á otra oficina, con un sueldo de veinte chelines por semana, continuando siempre las lecturas y el estudio. A los veinte y ocho años pudo escribir un libro, que publicó con

el título de *Las Aventuras temerarias de Pizarro;* y desde entonces hasta su muerte, durante un período de más de cincuenta y cinco años, estuvo ocupado Britton en laborioso trabajo literario. El número de sus obras publicadas no es menos de ochenta y siete, siendo la más importante *Las antiguedades de las catedrales de Inglaterra*, en catorce volúmenes, obra verdaderamente magnífica, en sí misma el mejor monumento de la infatigable laboriosidad de Juan Britton.

Loudon, el pintor paisajista, era hombre de un carácter algo parecido, que poseía una extraordinaria facultad para al trabajo. Siendo hijo de un agricultor de las inmediaciones de Edimburgo, desde muy joven adquirió el hábito del trabajo. Su habilidad en diseñar planos y hacer bosquejos de paisajes indujeron á su padre á educarlo para *jardinero de paisajes*. Durante su aprendizaje, permanecía sentado para estudiar dos noches enteras cada semana; y á pesar de eso trabajaba de día más que cualquier otro trabajador. En el curso de sus estudios de noche, aprendió el francés, y antes de cumplir diez y ocho años tradujo una vida de Abelardo para una enciclopedia. Tenía tanto anhelo de hacer progresos en la vida, que cuando sólo contaba veinte y un años, y mientras trabajaba como jardinero en Inglaterra, escribió en un libro de apuntes : « Ahora tengo veinte y un años de edad, y quizá ha pasado ya una tercera parte de mi vida, y sin embargo, ¿qué he hecho en beneficio de mis semejantes? » reflexión no muy común en un joven de veinte años. Del francés pasó á estudiar el alemán y aprendió bien y rápidamente este idioma. Habiendo tomado una alquería grande, con el propósito de introducir las mejoras escocesas en el arte de la agricultura, consiguió realizar muy luego entradas considerables. Habiéndose abierto el continente al fin de la guerra, viajó por él con la idea de estudiar el sistema de jardinería y agricultura de otros países. Dos veces repitió sus viajes y los resultados fueron publicados en sus *Enciclopedias*, que figuran entre las obras más notables de su clase, distinguiéndose por la inmensa cantidad de materia útil que contienen, reunida con tanta laboriosidad y trabajo que rara vez habrá sido igualada.

La carrera de Samuel Drew no es menos notable que cualquiera de las que hemos citado. Su padre era un obrero muy trabajador de la parroquia de San Austell, en Cornwall. Aunque pobre, se manejó de modo que pudo enviar á sus dos hijos á una escuela de dos peniques por semana de la vecindad. Jabez, el mayor, encontraba gran placer en estudiar, é hizo notables progresos en sus lecciones; pero Samuel, el menor, era un zote, y notoriamente dado á las travesuras y á faltar sin permiso á la escuela. Cuando tenía como unos ocho años, fué puesto á un trabajo manual, ganando tres medios peniques por día como limpiador en una mina de estaño. Á la edad de diez años fué puesto de aprendiz con un zapatero, y mientras estuvo en esta ocupación tuvo que sufrir muchas penalidades, viviendo, según tenía costumbre de decir : — *Como un sapo debajo de un rastrillo.* Frecuentemente tuvo la idea de fugarse y hacerse pirata, ó algo por el estilo, y parece que aumentaba en perversidad como aumentaba en años. En los robos que efectuaban en las huertas, era generalmente el caudillo, y, conforme creció, encontró gran placer en tomar parte en toda aventura de caza vedada ó de contrabando. Cuando tenía diez y siete años, antes de haber terminado su aprendizaje, se fugó, con el próposito de entrar en un buque de guerra, pero habiendo dormido aquella noche en un campo de pasto, se desanimó un poco, y volvió á su oficio.

Después pasó Drew á los alrededores de Plymouth para trabajar en su oficio de zapatero, y estando en Cawsand ganó el premio dado al más hábil en la esgrima del garrote, de que parece haber sido adepto. Mientras vivía allí, por poco pierde la vida en una expedición contrabandista á la que se había unido, inducido en parte por amor á las aventuras, y en parte por el deseo del lucro porque su salario usual no era más que de ocho chelines por semana. Una noche se dió aviso en todo Crafthole, que un buque contrabandista estaba cerca de la costa, pronto á descargar su cargamento; y en el acto se dirigió á la costa toda la población masculina del lugar; casi todos eran contrabandistas. Una partida permaneció en las rocas para hacer señales y hacerse cargo de las mercancías conforme bajaran á tierra, y otra tripulaba los botes, perteneciendo Drew á esta última. La noche era muy obscura, y ya había sido desembarcado una pequeña parte del cargamento, cuando se levantó el viento, y se formó una gran marejada.

Los tripulantes de los botes resolvieron perseverar, á pesar de eso, y se hicieron varios viajes entre el buque contrabandista, que estaba muy afuera, y la costa. Á uno de los hombres del bote en que estaba Drew, le fué llevado el sombrero por el viento,

y tratando de recuperarlo, fué volcada la embarcación. Tres de los tripulantes se ahogaron inmediatamente, los otros permanecieron agarrados al bote durante algún tiempo, pero viendo que era arrastrado mar afuera, se echaron á nadar. Estaban á dos millas de la tierra, y la noche era tan obscura que casi no se veía. Después de haber estado sobre tres horas en el agua, llegó Drew á una roca cerca de la costa, con uno ó dos más, donde permaneció hasta la mañana entumecido por el frío; cuando con sus compañeros fué descubierto y sacado de allí, estaba más muerto que vivo. Llevóse un casco de aguardiente perteneciente al cargamento que se acababa de traer á tierra, se le destapó con una hacha, y un jarro del líquido les fué presentado á los que sobrevivían; poco después estuvo Drew en estado de andar dos millas sobre una abundante nieve para poder llegar á su alojamiento.

Esto era un modo de principiar la vida de una manera muy poco halagüeña; y sin embargo, este mismo Drew, pilluelo, ratero de frutas en las huertas, zapatero, esgrimidor de garrote, y contrabandista, sobrevivió á los vicios de su juventud, y se hizo un hombre distinguido como ministro del Evangelio, y escritor de buenos libros. Afortunadamente, antes que fuera demasiado tarde, le dió un giro hacia una dirección más sana á la energía que le caracterizaba, y se hizo tan eminente en lo útil como lo había sido antes en la pervesidad. Su padre le volvió á recoger en San Austell, y le proporcionó ocupación como zapatero á jornal. Su reciente salvación del naufragio en las rocas, había influído quizá para hacer más formal al joven, y poco después le encontramos atraído por la predicación poderosa del doctor Adam Clarke, sacerdote de los Metodistas Wesleyanos. Habiendo muerto por ese tiempo su hermano, fué más profunda la impresión de seriedad; y desde entonces era otro hombre. Principió de nuevo la tarea de su educación, pues casi había olvidado el leer y escribir; y aun después de varios años de práctica, un amigo suyo comparaba su escritura á las huellas que dejaría una araña que hubiera sido sumergida en la tinta, y que después hubiese correteado sobre el papel. Hablando de sí mismo en esa época, decía Drew después : « Cuanto más leía, tanto más sentía mi propia ignorancia; y cuanto más sentía mi ignorancia, tanto más invencible se hacía mi energía para vencerla. Todo momento desocupado lo empleaba en leer. Teniendo que sostenerme con el trabajo manual, era bien corto mi tiempo para la lectura, y para vencer esta desventaja, tenía la costumbre de poner delante de mí un libro cuando comía, y en cada comida leía cinco ó seis páginas. » La lectura del *Ensayo sobre el entendimiento*, de Locke, le dió á su espíritu la primera inclinación metafísica. *Me despertó de mi estupor*, dice, *y me indujo á formar la resolución de abandonar las bajas miras que estaba acostumbrado á admitir.*

Drew principió por cuenta propia su negocio, con un capital de unos cuantos chelines; pero era tal su reputación de hombre formal, que un vecino, molinero, le ofreció un préstamo, que aceptó, y habiendo tenido éxito en su trabajo pudo devolverlo al cabo de un año. Empezó con la resolución de *no deber á nadie nada*, y se mantuvo en ella en medio de muchas privaciones. Su ambición era conseguir independencia por medio de laboriosidad y economía, y ésta la obtuvo gradualmente. En medio de incesante trabajo, se esforzó cuidadosamente en perfeccionar su espíritu, estudiando astronomía, historia y metafísica. Indújole á seguir principalmente este último estudio el hecho de requerir menos libros de consulta que cualquiera de los otros. *Parecía ser un sendero espinoso*, dice, *sin embargo, me resolví á entrar en él, y por consiguiente principié á caminar sobre él.*

Agregado á sus labores, de hacer zapatos y metafísica, se hizo Drew un predicador local y un corifeo de clase. Tomó vivísimo interés en la política, y su tienda se hizo un punto de reunión favorito de todos los *politiqueros* del pueblo, que cuando ellos no iban á su casa, se iba él á buscarlos para hablar con ellos sobre asuntos públicos. Esto le ocupaba tanto tiempo que se veía obligado algunas veces á trabajar hasta media noche para recuperar las horas que había perdido durante el día. Su fervor político se hizo la comidilla del pueblo. Estando una noche ocupado en martillar la suela de un zapato, vió un muchachito la luz en la zapatería, puso la boca sobre el ojo de la llave y gritó con voz de trompetilla : — *¡Zapatero! ¡zapatero! ¡trabajas de noche y andas ocioso de día!* Un amigo á quien Drew refirió después este hecho, le preguntó : — « ¿Y no corrísteis detrás del muchacho, y le disteis una zurra? » — « ¡No no! fué su contestación, si hubieran descargado una pistola junto mi oído, no hubiera quedado más desalentado ó confundido. Suspendí mi trabajo, y me dije : ¡Es verdad, es verdad! pero nunca tendrás

que poderme decir eso otra vez. Ese grito fué para mí la voz de Dios, y ha sido una palabra dicha á tiempo en mi vida. De ella aprendí á no dejar para mañana el trabajo de hoy, y á no estar ocioso cuando debiera estar trabajando. »

Desde ese momento abandonó Drew la política, y se consagró á su trabajo, leyendo y estudiando en sus horas libres: pero nunca dejó que estas ocupaciones interviniesen en su negocio, aunque á menudo penetraban en su descanso. Se casó y pensó por un momento en emigrar á América, pero continuó trabajando. Su gusto literario se inclinó primeramente hacia trabajos poéticos; y de algunos de los fragmentos que se han conservado, aparece que sus pensamientos respecto de la inmaterialidad é inmortalidad del alma tuvieron su orígen en esas meditaciones poéticas. Su cuarto de estudio era la cocina, donde le servían de escritorio los fuelles de su mujer; y escribía en medio del llanto de sus hijos y del ruido de la cuna. Por esta época apareció el *Siglo de la Razón*, de Paine, despertando mucho interés, y entonces escribió un libelo en refutación de sus argumentos, que fué publicado. Después acostumbraba á decir que el *Siglo de la Razón* lo había hecho autor. En rápida sucesión aparecieron muy luego varios folletos debidos á su pluma, y algunos años después, mientras seguía trabajando en hacer calzado, escribió y publicó su admirable *Ensayo sobre la inmaterialidad y la inmortalidad del alma humana*, que vendió por veinte libras esterlinas, en esa época suma bastante grande según su propia opinión. El libro obtuvo muchas ediciones y ahora es apreciado.

Drew no se envaneció en manera alguna con su éxito, como acontece á muchos autores nuevos, y, mucho después de ser celebrado como escritor, se le veía barrer la acera frente de su puerta, ó ayudando á sus aprendices á entrar el carbón para el invierno. Por mucho tiempo no se le pudo hacer que viera la literatura como una profesión de la que se podía vivir. Su primer cuidado era asegurarse un modo de vivir honrado con su profesión, y poner en la *lotería del éxito literario*, como lo llamaba él, tan sólo el sobrante de su tiempo. Sin embargo, con el tiempo se consagró completamente á la literatura, muy particularmente en conexión con la corporación Wesleyana; redactando uno de su *Magazines*, y dirigiendo la publicación de varias de sus obras sectarias. Escribió también en la *Revista Ecléctica*, y

compiló y publicó una valiosa historia de su condado nativo, Cornwall, con otras numerosas obras. Hacia el fin de su carrera, dijo de sí mismo: — « Salido de una de las clases más humildes de la sociedad, me he esforzado durante mi vida en educar á mi familia en condiciones de respetabilidad, por medio del trabajo honrado, de la frugalidad, y una alta consideración por mi carácter moral. La Divina Providencia ha sonreído á mis esfuerzos, y ha coronado con el éxito mis deseos. »

El finado José Hume siguió una carrera muy diferente, pero trabajó con un espíritu igualmente perseverante. Era hombre de dotes naturales moderadas, pero de gran laboriosidad y de intachable honradez en sus propósitos. La divisa de su vida fué *Perseverancia*, y obró siempre conforme á ella. Habiendo muerto su padre cuando todavía era él un niño, abrió su madre una pequeña tienda en Montrose, y trabajó muchísimo para sostener á su familia y educarla respetablemente. Á José lo puso á que aprendiera con un cirujano, y le educó para la profesión médica. Habiendo obtenido su diploma, hizo varios viajes á la India como cirujano del buque, y después obtuvo un empleo de cadete al servicio de la Compañía. (1) Nadie trabajaba con más vigor, ó vivía más sobriamente que él; y, captándose la confianza de sus superiores, quienes le consideraron como hombre capaz en el cumplimiento de sus deberes, y lo ascendieron gradualmente á empleos más elevados. En 1803 estuvo con la división del ejército á las órdenes del general Powell, en la guerra de Mahatta; y habiendo muerto el intérprete, fué nombrado en su reemplazo Hume, quien en el ínterin había estudiado y sabía los idiomas indígenas. Después fué nombrado médico principal del Estado Mayor. Pero como si esto no fuera bastante para ocupar todas

(1) Era característico del señor Hume que, durante sus viajes profesionales entre Inglaterra y la India, se dedicara diligentemente en sus momentos libres al estudio de la navegación y arte del piloto. En 1825, estando de viaje en un esmaque á la vela de Londres á Leith, y habiendo salido apenas la embarcación de la embocadura del Támesis, estalló de pronto una tormenta; fué sacada de su curso, y en la obscuridad de la noche, encalló en los bancos de Goodwin. El capitán perdió la presencia de ánimo, y estaba incapaz de dar órdenes coherentes, y es muy probable que el buque hubiera naufragado completamente, si un pasajero no hubiese tomado el mando y dirigido la maniobra del buque, tomando en persona el timón mientras duró el peligro. El buque se salvó, y el extranjero era el señor Hume.

sus facultades activas, se hizo cargo además de los empleos de pagador y administrador de correos, desempeñándolos satisfactoriamente. También contrató la provisión de la Comisaría, lo que hizo con ventaja para el ejército y provecho para sí. Después de unos diez años de incesante labor, regresó á Inglaterra con fortuna; y uno de sus primeros actos fué tomar medidas á favor de los individuos pobres de su familia.

Pero José Hume no era hombre capaz de disfrutar ociosamente los frutos de su laboriosidad. El trabajo y la acupación se habían hecho necesarios para su bienestar y felicidad. Para adquirir un conocimiento exacto del verdadero estado de su país, y la condición del pueblo, visitó todos los pueblos del reino que entonces gozaban un grado cualquiera de celebridad manufacturera. Después viajó por el continente con el propósito de obtener conocimientos sobre los Estados extranjeros. Una vez de regreso á Inglaterra, entró en el parlamento en 1812, y continuó siendo miembro de esa asamblea, con una corta interrupción, durante un período próximo á treinta y cuatro años. Su primer discurso registrado fué sobre la educación pública, y durante toda su larga y honrosa carrera tomó un interés activo y serio en esa y en todas las otras cuestiones calculadas á elevar y mejorar la condición del pueblo; la reforma criminal, bancos de ahorro, comercio libre, economía y disminución de impuestos, representación más extensa, y medidas semejantes, las que promovía infatigablemente. Cualquier asunto que empredía, lo trabajaba con todo su poder. No era un buen orador, pero lo que decía era creído porque salía de los labios de un hombre honrado, sin doblez, y exacto. Si el ridículo, como dice Shaftesbury, es la mejor prueba de la verdad, José Hume, resistió bien la prueba. De ningún hombre se ha reído tanto, pero allí estaba perpetuamente, *en su puesto*. Generalmente era derrotado en una votación, pero la influencia que ejercía era sentida, sin embargo de ello, y muchas mejoras financieras fueron efectuadas por él á pesar de tener la votación en contra suya. La cantidad de penoso trabajo que ha relizado es extraordinaria. Se levantaba á las seis, escribía cartas y arreglaba sus papeles para el parlamento; en seguida, después del almuerzo, recibía á las personas que iban para asuntos, algunas veces hasta veinte cada mañana. Rara vez se reunía la cámara sin que él estuviera presente, y aunque los debates se prolongaran hasta las dos ó tres de la mañana, pocas palabras, para llevar á cabo el trabajo que hizo, y por un espacio de tiempo tan largo, frente á tantas administraciones, semana tras semana, un año después de otro — ser vencido en la votación, derrotado, burlado, estando en muchas ocasiones casi solo — perseverar frente á frente de todo desaliento, conservando inalterable su sangre fría, sin perder lo más mínimo en su energía y su esperanza, y vivir para ver adoptadas con aclamación la mayor parte de sus medidas, debe ser considerado como uno de los ejemplos más notables del poder de la perseverancia humana que pueda ofrecer la biografía.